



N° 13, 2019

RILUNE — Revue des littératures européennes

“Éros: représentations et métamorphoses”

VICTORIA MATEOS DE MANUEL  
( UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID )

### Eros sádico. La libido en *La filosofía en el tocador*

#### Pour citer cet article

Victoria Mateos De Manuel , « Eros sádico. La libido en *La filosofía en el tocador* », in *RILUNE — Revue des littératures européennes*, n° 13, *Éros : représentations et métamorphoses*, (Walter Alberisio, Giorgia Ferrari, Valeria Morabito et Josmary Santoro, éd(s), 2019, pp. 107-122 (*version online*, [www.rilune.org](http://www.rilune.org))).

#### Résumé | Abstract

**FR** Contre les lectures féministes critiques et réticents de l’œuvre du Marquis de Sade, je proposerai dans cet article une autre lecture possible de cet auteur et, concrètement, de l’œuvre *La philosophie dans le boudoir*, un livre qui pourrait être compris comme un prélude du féminisme queer pro-sex contemporain. Pour défendre cette position je vais analyser les trois formes augustines de libido développées dans *Le philosophie dans le boudoir*: libido dominandi, libido cognoscendi et libido sentiendi.

**Mots-clés:** Marquis de Sade, Philosophie dans le boudoir, libido, féminismes, dialectique du maître et de l’esclave

**EN** Against some critical reluctant feminist readings on Sade’s work, I will propose in this article another possible reading on Sade’s *Philosophy in the Bedroom*, which could be understood as a prelude of feminist queer pro-sex contemporary proposals. In order to develop this perspective, I am going to present an analysis of the three Augustinian forms of libido in *Philosophy in the Bedroom*: libido dominandi, libido cognoscendi and libido sentiendi.

**Keywords:** Marquis de Sade, Philosophy in the Bedroom, libido, feminisms, Master-slave dialectic

VICTORIA MATEOS DE MANUEL

## Eros sádico. La libido en *La filosofía en el tocador*

«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»  
Juan 1:14

«Tan solo se puede amar de verdad  
lo que está por encima de nosotros.»  
Leopold Sacher-Masoch (1870), *La Venus de las pieles*<sup>1</sup>

### 1. Introito

Sade no fue ningún santo. Lejos de la hagiografía, su carácter maculado es confirmado por algunos de sus episodios vitales y literarios, en los que cuales este escritor « manifestó una evidente crueldad mental » e, incluso, « el desprecio y disgusto que verdaderamente Sade sentía con relación a ellas [las mujeres] <sup>2</sup> ». Así lo mostró, por ejemplo, el inaugural y documentalmente confuso episodio libidinoso con la viuda Rose Keller, a quien conoció en la Plaza Saint Victoire de París e infringió « un severo castigo con un martinet de nudos » el domingo de Pascua de 1768<sup>3</sup>. Este episodio le valió su segunda condena, tras su primera detención en 1764 por las « *petites maisons* » que alquilaba para llevar a cabo sus encuentros sexuales, de siete meses en prisión.

No obstante, Sade tampoco fue un simple verdugo sexual, un monstruo lúbrico y abiertamente misógino. Nos encontramos ante una personalidad compleja, ambigua, fascinante, tal y como se deja entrever en algunas de sus epístolas o fragmentos literarios, teñidos de un entusiasmo republicano bastante ecuaníme e, incluso, arrebatadores alegatos de autonomía sexual hacia esas mujeres que, en la literatura y en la vida, contradictoriamente, también gustaba someter, como quien trata de usurpar el único lugar creador que no puede ser en modo alguno sojuzgado: el de Dios.

---

<sup>1</sup>LEOPOLD VON SACHER-MASOCH, *La Venus de las pieles y otros relatos*, Madrid, Valdemar, 2010, p. 61.

<sup>2</sup>SIMONE DE BEAUVOIR, *¿Hay que quemar a Sade?*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2002, p. 48.

<sup>3</sup>GEOFFREY GORER, *Vida e ideas del Marqués de Sade*, Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1969, p. 32.

Remplazad las necesidades deíficas con que fatigáis los oídos de vuestros hijos por excelentes principios sociales: que en vez de aprender a recitar fútiles plegarias que se jactarán de olvidar en cuanto cumplan dieciséis años, se los instruya sobre sus deberes en la sociedad; enseñadles a venerar virtudes de las que apenas les habláis en otros tiempos [...]; hacedles ver que esa felicidad consiste en hacer tan afortunados a los otros como deseamos serlo nosotros mismos<sup>4</sup>.

Coge, Eugénie, coge mi querido ángel; sólo tuyo es tu cuerpo; sólo tú tienes en el mundo el derecho de gozar de él, y de hacer gozar con él a quien te plazca.

Aprovecha el tiempo más feliz de tu vida; ¡demasiado cortos son los felices años de nuestros placeres!

Bamboleándose entre dos orillas en apariencia invadables— las de lo revolucionario o lo monstruoso, la escisión entre lo ejemplar o lo aberrante—, se encuentra una palabra que, quizá, sí consiga hacer justicia a la voluntad literaria y vital de Sade: el papel del sacrílego. Un epíteto que, sin embargo, le fue vedado por sus propias inclinaciones ateas, las cuales le hicieron comparecer ante sus propios ojos como un mero excéntrico: sin Dios no hay transgresión alguna que alcance la alcurnia moral del pecado. Para el contumaz materialista que era Sade, heredero de La Mettrie, todo acto ilícito, si bien pretende violentar el orden divino con la esperanza de alcanzar a acariciar lo sacro, acaba tan solo por extinguirse en lo estrafalario, lo grotesco, lo ridículo inclusive. Sade necesitaba moralmente a Dios para donar a su obra de la idiosincrasia del pecado, pero, al mismo tiempo, negaba intelectual y espiritualmente al Creador, lo que dejaba su estímulo literario en un permanente estado de insatisfacción erótica. Y así avanzó Sade, obra tras obra, aumentando el catálogo de blasfemias, la miscelánea de aberraciones eróticas, hasta constituir una enciclopedia de la semántica pornográfica o taxonomía de lo desbordante a través de sus escritos. Ésta sería precursora del tratado de parafilias *Psychopathia sexualis* del psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing, publicado en 1886. No obstante, a pesar de sus esfuerzos por transgredir lo divino, Sade no pasó de ser un mero profanador secular. Nunca un hereje.

EL CABALLERO — ¡Realmente, Dolmancé, cuanto nos hacéis hacer es horrible!; es ultrajar a un tiempo a la naturaleza, al cielo y a las leyes más santas de la humanidad.

---

<sup>4</sup>DONATIEN ALPHONSE FRANÇOIS DE SADE, *La filosofía en el tocador*, Buenos Aires, Editorial Impresa, 1970, p. 87.

DOLMANCÉ – Nada me divierte tanto como los firmes arranques de virtud del caballero. ¿Dónde diablos verá en cuanto hacemos el menor ultraje a la naturaleza, al cielo y a la humanidad? [...] Y en cuanto al cielo, te lo suplico, caballero, deja de temer sus efectos: un solo motor actúa en el universo, y ese motor es la naturaleza.

## 2. Libido dominandi

Donde algunos contemplan a un depravado leviatán que había de ser enjuiciado y condenado por ensalzar, recrearse e estetizar las inmundicias de la sociedad, otras no vemos en su literatura más que el disfrute de una imaginación desbocada, la denuncia de una sociedad hasta la médula envenenada y, más crucial aún, un patético síndrome psicoanalítico o « complejo de Telémaco<sup>5</sup> »: el drama de un imberbe que, incapaz de afrontar su corrupta y degenerada realidad y hacerse cargo de la misma, contraviene todo el orden de filiación y responsabilidades para salir en la absurda y descabellada búsqueda de la autoridad del padre. Del mismo modo que Telémaco en *Odisea*, Sade persistió incansablemente en sus pulsiones y faltas para ver si, finalmente, el Sumo Padre se dignaba a reconocerlo, a tenerlo en cuenta, a decirle algo, aunque ello supusiese castigarle con la más absoluta severidad: proscribiéndole del paraíso.

DOLMANCÉ – Deme su culo señora... para que lo bese mientras ella me chupa mi verga tensa, y no se asombre de mis blasfemias: uno de mis grandes placeres es insultar a Dios cuando estoy gozando. Me parece que mi espíritu, mil veces más exaltado, aborrece y desprecia mejor esa repugnante quimera; quisiera encontrar un modo de insultarla mejor, de ultrajarla más; y cuando mis malditas reflexiones me conducen a la convicción de la nulidad de ese repugnante objeto de mi odio, me irrito y quisiera reconstruir el fanteche, para que mi rabia tuviese algún objeto<sup>6</sup>.

Pero Dios decidió ignorar a Sade hasta el final de sus días, dejándole morir como el racionalista, ateo y materialista testarudo que siempre fue. Esto se observa sintomáticamente en su testamento, escrito el 30 de enero de 1806 en el psiquiátrico de Charenton-Saint-Maurice, en el que detalla con carácter milimétrico el modo en que su entierro había de tener lugar, tratando de racionalizar y someter a absurdo dominio la Otredad absoluta: la experiencia de la muerte. La misma estrategia llevará a cabo con el deseo: su racionalización extrema. Sade debía de encontrarse aterrorizado ante la incontestable dama: tal exceso de

---

<sup>5</sup>MASSIMO RECALCATI, *El complejo de Telémaco*, Madrid, Anagrama, 2014.

<sup>6</sup>DONATIEN ALPHONSE FRANÇOIS DE SADE, *La filosofía...*, *op. cit.*, p. 61.

razón, tal búsqueda de amparo, de estructura en un instrumento tan precario, sólo es necesaria cuando se tiene plena conciencia del abismo inasumible que supone haber sido arrojado a esta existencia.

Me niego a que abran mi cuerpo, cualquiera fuere el pretexto. Exijo con la más viva insistencia que permanezca cuarenta y ocho horas en la estancia en la que fallezca, dentro de un ataúd de madera que ha de cerrarse sólo al cabo de las cuarenta y ocho horas prescritas más arriba, transcurridas las cuales, dicho ataúd será cerrado. [...]Una vez cubierta la fosa, se sembrarán bellotas encima de ella para que después, una vez relleno de nuevo el terreno de dicha fosa y estando el matorral tan frondoso como antes, las huellas de mi tumba desaparezcan de la superficie de la tierra, igual que me complazco en pensar que mi memoria también ha de borrarse de la mente de los hombres<sup>7</sup>.

Sade, pues, deseando inconscientemente encontrar al Padre, acabó, sin embargo, sólo encontrándose a sí mismo. Y así se erigió en el papel del amo sádico: un usurpador del lugar de Dios a través de la palabra, la cual entrañaría una fuerza performativa en su obra. En *La filosofía en el tocador* el verbo sadeano tiene la capacidad bíblica para constituir realidad, mostrando que lo auténticamente erótico no es el sexo *per se* sino la literatura<sup>8</sup>. *Nosotros, los victorianos*. Primero se dice el mundo y, a través de la palabra, este procede a su configuración, a su materialización, a su despliegue. Así acontece la evangelización sexual del mundo ejercida por el maestro libertino Dolmancé: primero imagina y propone a través de la palabra un cuadro erótico que, a renglón seguido, como si la palabra tuviese el poder cabalístico para crear existencia, será escenificado por la discípula Eugénie, los ayudantes de la orgía y él mismo. Es ahí, en ese talento escenográfico, en esa capacidad para concebir y dirigir una puesta en escena, donde reside precisamente la fuerza del amo: en su potestad de imaginar, es decir, en « su capacidad para concebir, representar y publicitar un catálogo de imágenes de la existencia que, a través de su cumplimiento, conducirán no sólo a la emancipación erótica sino también política de los discípulos<sup>9</sup> ». Más que porque mande, Sade es *maître* principalmente porque no aburre, no sacia, no cansa: su ingenio es incombustible, siempre tiene una propuesta escénica más, y más descabellada, acechando en la retaguardia.

---

<sup>7</sup>Sade en Guillaume Apollinaire, *Marqués de Sade*, introducción de Julio Monteverde, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2006, pp. 58-59.

<sup>8</sup>SIMONE DE BEAUVOIR, *¿Hay que quemar a Sade?*, *op. cit.*, p. 69.

<sup>9</sup>VICTORIA MATEOS DE MANUEL, « Potestad de imaginar » [artículo online], Plataforma cultural *La Grieta*, recuperado de <<http://lagrietaonline.com/potestad-de-imaginar/>> [última consulta el 16/06/2019].

MADAME DE MISTIVAL (perdiendo el conocimiento) – tengan piedad de mí, les suplico... me siento mal... me desvanezco ... (Madame de Saint-Ange quiere auxiliarla, Dolmancé se opone.)

DOLMANCÉ – Ah, no, no, déjela en este síncope: nada hay más lúbrico que ver a una mujer que se desvanece; la azotaremos para que despierte... Eugénie, venga, acuéstese sobre el cuerpo de la víctima... Es aquí donde veré si usted es firme. Caballero, forníquela sobre el cuerpo desfalleciente de su madre, y que ella nos haga la paja, a Agustín y a mí, con cada una de sus manos. Usted, Saint-Ange, mástúrbela mientras el caballero hace su parte<sup>10</sup>.

En este sentido, *La filosofía en el tocador* no nos presenta un mero cuadro sexual. Principalmente nos descubre una operación estética fundamental sobre el significado del poder, sobre lo que significa enseñorearse: que « el amo no es sólo quien ostenta una autoridad fáctica, sino principalmente quien tiene la capacidad para producir y brindar imágenes cautivadoras a sus súbditos<sup>11</sup> », cuya semántica— ante el tedio mortífero de la vida cotidiana— se prestarán gustosos a encarnar y materializar.

Amo es, pues, quien tiene potencia para imaginar y, con ello, para seducir. Amo es, pues, quien es capaz de generar e imponer un catálogo de imaginarios a cumplir, realizar y cultivar por los aprendices con vistas a convertirse en sujetos autónomos, libres, emancipados. Esclavo es quien, por el contrario, crédulo y expropiado de capital simbólico, los persigue, los compra, los anhela<sup>12</sup>.

Por ello, precisamente, puede decirse que Sade se arroga el lugar de Dios: su fecunda imaginación trató de representar la indeterminación de la existencia en un catálogo exhaustivo de formas sexuales que fuesen capaces de contener, a través de la dimensión racional de la pornografía, el oscuro e ingobernable espacio del deseo. De este modo, el aparente proceso de emancipación de Eugénie es en realidad un mero proceso de reafirmación del poder del amo: Eugénie, creyendo liberarse, queda sometida al amo al entrar al trazo del universo libertino del deseo y buscar la aprobación del maestro, quien procura sostener un tono reprobatorio o crítico para mantener la servidumbre del discípulo y que el juego erótico no quede reducido al acontecimiento excitante, pero fugaz, sino que adquiera duración, narración, representación y consistencia apolíneas. Colocarse en el lugar del amo implica adquirir una docta facultad sobre las siguientes funciones: potestad de imaginar,

---

<sup>10</sup>MARQUÉS DE SADE, *La filosofía...*, *op. cit.*, p. 157.

<sup>11</sup>VICTORIA MATEOS DE MANUEL, «Potestad de imaginar», *op. cit.*, s. p.

<sup>12</sup>*Ibid.*, s. p.

visión de conjunto, responsabilidad para proponer, capacidad para implementar, juicio para dirigir, firmeza para castigar, potencia para satisfacer.

EL CABALLERO – Eugénie, está usted cubierta.

EUGÉNIE – Querría estar inundada (*A Dolmancé*). Y bien, maestro, ¿está satisfecho?

DOLMANCÉ – Muy bien, para una debutante. Pero descuidó algunos detalles. [...] Son deberes de novicia; hay instrucción que extraer de todo esto y por lo tanto se lo hago hacer<sup>13</sup>.

### 3. Libido cognoscendi

Esta asimetría entre la posición del maestro y la alumna es un rasgo fundamental que la teoría feminista ha destacado para señalar la reprochable jerarquía sexual que se establece en el eros sadeano: en la supuesta liberación sexual de la fémina radicaría paradójicamente su servidumbre. La carrera literaria propuesta por Sade hacia la maduración del libertinaje acabaría por encumbrar la figura del maestro– titular pedagógico, perfectivo y preeminentemente varón hacia la emancipación sexual y política de sus discípulos–, y dejar al aprendiz, « una figura típicamente femenina (las heroínas sadeanas Juliette y Eugénie serían buenos ejemplos) y dinámica »<sup>14</sup>, en una posición de inferioridad discipular, pues nunca nace completa sino que ha de alcanzar « su máxima maduración posible »<sup>15</sup>. Frente al dinamismo evolutivo de Eugénie, Dolmancé se situaría en un plano estático y privilegiado del deseo, a modo de primer motor inmóvil aristotélico.

No obstante, frente a esta lectura crítica, tampoco podría decirse que Dolmancé desee la eterna minoría de edad de Eugénie. El amo sadeano no es ningún varón acomplejado, sino que busca realmente la emancipación del esclavo, aunque sea de la manera equivocada: dota a Eugénie de todas las perversas armas sexuales y políticas para que ésta pueda ponerse a su altura, convertirse en un igual en el libertinaje. Es decir, el verdadero amo no es débil, no busca la complacencia pasiva, sino que está dispuesto a enfrentarse a la voluntad del esclavo:

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 83-84.

<sup>14</sup> Natalia Lorena Zorrilla Sirlin, «Sade en el pensamiento feminista», *Asparkía*, n° 29, 2016, pp. 91-108.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 93.

Dolmancé disfruta con la pérdida de ingenuidad y adquisición de conocimientos de Eugénie, con su progresiva potestad de imaginar. Al respecto, resulta reseñable que el rito de iniciación de la alumna Eugénie en el mundo adulto no consista exclusivamente en disfrutar de la sexualidad, sino que requiera de la emancipación simbólica: Eugénie pasa progresivamente de ser un sujeto pasivo que se limita a interpretar las fantasías del amo, a convertirse en un sujeto activo que comienza a proponer escenarios y prácticas, entre las que se incluyen no sólo actividades eróticas (más o menos excéntricas), sino propuestas (más que menos aberrantes) como el incesto (violar y agredir físicamente a su madre) o el ejercicio del crimen.

EUGÉNIE – Ven, querida mamá, ven a que te sirva de marido. [...] ¡Toma, desgraciada, toma! (Le agarra y aprieta la garganta.) Ah, cojamos, Dolmancé... cojamos, mi dulce amigos, ¡me muero! (*Eugénie, al acabar, da diez o doce puñetazos sobre los senos y los flancos de su madre.*)<sup>16</sup>

Asimismo, ha de hablarse de la revaloración del papel del amado en Sade: en este autor existe poder en la posición de sumisión simbólica. En primer lugar, como matiz escenográfico resulta recalable que, Eugénie, tumbada en un canapé, se encuentre rodeada de espejos. Éstos tienen la función arquitectónica de representar la multiplicación– en el sentido de potencia– y fragmentación– en el sentido de disolución caleidoscópica del ego– que tienen lugar en la experiencia del orgasmo femenino. « Reflejando las posiciones en mil sentidos diversos, multiplican los goces ante los ojos de aquéllos que los disfrutaban sobre esta otomana », explica Madame de Saint-Ange<sup>17</sup>. Asimismo, se observa que, aunque el miembro de Dolmancé adquiriría un peso retórico inaugural en la lección anatómica que inaugura la obra, la primacía escénica la va a cobrar la experiencia orgásmica femenina. El papel del sumiso sadeano no es, por lo tanto, un papel pasivo, mortuorio y frígido– como sí era el ángel del hogar rousseaniano–, sino gozosamente receptivo, reescribiendo con ello el rol del fetiche femenino. Eugénie no es meramente un objeto de deseo en el sentido de cuerpo penetrable inerte, sino que es algo más. No es aún un sujeto agente en el sentido de sujeto creador, penetrador o ideólogo, pero sí es un sujeto receptor vivo. No hay impotencia en el acto de ser objeto de deseo, sino que ella es un sujeto receptor que disfruta y se regocija con las acciones que ejercen los maestros Madame de Saint-Ange y Dolmancé sobre su cuerpo.

«EUGENIA – ¡Ah, no aguanto más, me muero! No me abandonen,

<sup>16</sup>*Ibid.*, p. 156.

<sup>17</sup>MARQUÉS DE SADE, *La filosofía...*, *op. cit.*, p. 32.

amigos, estoy a punto de desvanecerme... (*Ella acaba en medio de sus instructores*) [...] Estoy muerta, quebrada... estoy anonadada... <sup>18</sup> »

En este sentido, la retórica sadeana sobre los lugares en los que se emplaza la pasividad y la agencia en la sexualidad es más rica y compleja que posteriores análisis feministas sobre la posición simbólica de la penetrabilidad. Según Beauvoir, la sodomía de Sade tiene una razón psicológica: « es el rechazo de la función fálica lo que lleva a que Sade se sienta mujer y eche en cara a las mujeres no ser el macho que él desea <sup>19</sup> ». De ahí que la sexualidad en Sade sea interpretada como « esencialmente anal » y que « la sodomía constituya el prototipo magnificado de relación », precisamente por el nihilismo que conlleva al separar libido y reproducción<sup>20</sup>. Este análisis tendencioso y patologizante de la predilección sadeana por la sodomía, nos habla indirectamente de los complejos que estaba experimentando el feminismo de Beauvoir en *El segundo sexo* respecto a la posición subordinada de la mujer. La penetrabilidad del cuerpo es identificada de manera automática con la sumisión y humillación simbólica, con la feminización del sujeto. La penetrabilidad del cuerpo femenino aparece como una posición necesariamente subalterna, de Otridad, frente a la acción fálica de penetrar, que es considerada como el lugar de lo Mismo. Con este razonamiento, Beauvoir condena a las mujeres, en su condición de seres penetrables, a una permanente condición de esclavo en la dialéctica hegeliana. En comparación a ello, la posición de Sade es menos prejuiciosa y más nutricia, ya que rompe con los estigmas contemporáneos de la feminización o condición de inferioridad simbólica del cuerpo penetrado, la cual se encuentra tanto en la cultura heterosexual como gay *mainstream*: en Sade todo cuerpo que disfrute siendo penetrado no es necesariamente objeto pasivo, sino pura potencia receptiva.

Asimismo, el eros sadeano en *La filosofía en el tocador* constituye un (teratológico) mito de perfeccionamiento que permite a Eugénie transitar desde el lugar simbólico del objeto de deseo al acto creador del sujeto que comienza a ejercer y descubrir su propio deseo. Eugénie, quien no ha de olvidarse que cuenta con tan solo quince años, es al inicio de la obra un mero fetiche virginal para Dolmancé. Eugénie representa la tentación patriarcal de conquistar, colonizar e inscribir simbólicamente a través de la penetración un espacio hasta entonces

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>19</sup> SIMONE DE BEAUVOIR, *¿Hay que quemar a Sade?*, *op. cit.*, p. 14; PIERRE KLOSSOWSKI, *Sade, mon prochain. Le philosophe scélérat*, París, Seuil, 1967, p. 32.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 14.

inmaculado<sup>21</sup>. Progresivamente Eugénie irá superando las iniciales reticencias que le produce la imaginación descabellada de Dolmancé hasta quedar plenamente identificada con ella. Eugénie pasa del escandalizado « ¡Usted es un monstruo! <sup>22</sup> » a quedar irremediabilmente intoxicada del « acedado modo sadeano de comprensión del mundo<sup>23</sup> » al haber anidado en su subconsciente tal frenético imaginario. « ¡Ah, tal fantasía ya está en mi corazón! <sup>24</sup> », acaba confesando Eugénie. En este sentido, *La filosofía en el tocador* es una herencia bastarda del eros platónico en *Banquete*, pues la obra plantea una relación entre deseo e instrucción en la que, a través de Eros, se accede a la sabiduría, al autoconocimiento y a la mayoría de edad. Ahora la virtud es la ignorancia y, por tanto, el mal. La mujer sabia es, por el contrario, frente al ideal pacato y frígido del ángel del hogar planteado por el coetáneo Rousseau en *Emilio*, la mujer libertina: una mujer con intereses políticos, dueña de su sexualidad y liberada de la hipocresía social y familiar frente al ejercicio del placer. Sin embargo, en el Eros platónico el amor eleva de manera literal; en el Eros sádico, por el contrario, la elevación se produce paradójicamente a través de la caída, anticipando la temática decadentista.

DOLMANCÉ – Le habéis dicho que *joder* era un pecado, mientras que *joder* es la acción más deliciosa de la vida; habéis querido darle buenas costumbres, como si la felicidad de una joven no estuviera en el desenfreno y la inmoralidad, como si la más feliz de todas las mujeres no tuviera que ser, indiscutiblemente, la que más se revuelca en la porquería y el libertinaje, la que mejor desafía todos los prestigios y la que más se burla de la reputación<sup>25</sup>.

MADAME DE SAINT-ANGE – ¡Vivan aquéllas a las que el título de puta honra! ¡He aquí a las mujeres verdaderamente amables, las únicas verdaderamente filósofas!<sup>26</sup>

Además, a través del espacio liminal que crea la sexualidad sadeana, que hace que los lectores titubeemos a cada renglón entre la lascivia, el asco, el morbo y la turbación, Sade, a través de esta confusión de sensaciones, nos predispone a la indefensión intelectual, produciendo una libido cognoscendi no sólo en los protagonistas de la obra, sino en los propios lectores. Sade nos desarma de los diques apolíneos, haciéndonos

---

<sup>21</sup>DONNA HARAWAY, «Modest Witness Second Millenium», en *The Haraway Reader*, New York, Routledge, 2000, p. 223.

<sup>22</sup>MARQUÉS DE SADE, *La filosofía...*, *op. cit.*, p. 92.

<sup>23</sup>VICTORIA MATEOS DE MANUEL, «Potestad de imaginar», *op. cit.*, s. p.

<sup>24</sup>*Ibid.*, p. 97.

<sup>25</sup>*Ibid.*, p. 170.

<sup>26</sup>*Ibid.*, p. 36.

vulnerables a la ideas políticas que nos quiere transmitir. La depravación mental de Sade es, en este sentido, absolutamente inquietante: una suerte de realismo erótico en el sentido maquiaveliano. Sade reconoce que no hay proyecto racionalista que se divulgue a través del racionalismo mismo y, por ello, envuelve su propuesta de racionalidad sexual bajo el halo dionisiaco, de manera que, por medio de la seducción y el exceso, los lectores queden predisuestos, abiertos, lúbricos— es decir, sin escolleras morales o intelectuales— en un estado de receptividad afín a sus ideas. Con ello, el Marqués inauguraba una estrategia retórico-política de la que se ha apropiado el activismo *queer* contemporáneo: el « pornoterrorismo », desarrollado por Diana J. Torres en 2007. Éste consiste en utilizar el estado de excitación y apertura que produce la pornografía para crear una disposición, tolerancia o receptividad en el auditorio a través de las cuales poder resignificar políticamente las múltiples relaciones de poder a las que, abotargados, quedamos sometidos y expuestos en la vida cotidiana por los medios de comunicación de masas o las relaciones institucionales.

El pornoterrorismo nos recuerda nuestra carnalidad, nuestra animalidad, nuestra brutalidad y, sobre todo, nuestra sexualidad, nuestro deseo. Más aún: nos dice que todo eso que creemos nuestro es territorio colonizado, y que es nuestra responsabilidad expulsar al enemigo invasor<sup>27</sup>.

#### 4. Libido sentiendi

Gayle Rubin es partidaria de un constructivismo radical en la comprensión de la sexualidad o, lo que ella denomina, un « kantismo sin libido trascendental <sup>28</sup> ». Desde esta perspectiva, el sexo no sería « una fuerza natural que existiese con anterioridad a la vida social y que dé forma a las instituciones », « algo eternamente inmutable, asocial y transhistórico <sup>29</sup> ». El sexo, por lo tanto, no se trataría de una pulsión, sino de un discurso históricamente condicionado. No existiría una verdad metafísica de la sexualidad a descubrir. La existencia de un sexo en bruto, al natural, serían meras quimeras. Ni siquiera en la pornografía, esa aparente expresión de la sexualidad al desnudo, se desvela ningún origen metafísico de la sexualidad. Nos encontramos siempre ante formas culturales y sociales del ejercicio de la sexualidad

---

<sup>27</sup>DIANA J. TORRES, *Pornoterrorismo*, País Vasco, Txlaparta, 2011, p. 11.

<sup>28</sup>GAYLERUBIN, «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad», en Carole S. Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Ed. Revolución, 1989, p. 15.

<sup>29</sup>*Ibid.*, p. 15.

que, por lo tanto, se pueden (des)aprender, disciplinar, cultivar, madurar, rechazar, subsanar, reescribir, matizar, tornasolar. La sexualidad, por lo tanto, « no es un impulso natural de la libido por liberarse de las limitaciones sociales», sino que se trata de una forma social más<sup>30</sup>. Cuando practicamos sexo, frente a la visión escapista y propiamente animal de la sexualidad, estamos ejerciendo, por el contrario, un acto social, un constructo, un discurso, un acto de habla.

Siguiendo el marco gramatical de Gayle Rubin, en el que el aprendizaje de la sexualidad pareciese corresponderse con el aprendizaje de una o varias lenguas extranjeras (Paul B. Preciado), podemos urbanizar las intuiciones iniciales de la obra de Sade como preludeo de la teoría queer. En primer lugar, abriendo el primer diálogo de *La filosofía en el tocador*, una de las ayudantes libertinas de la orgía, Madame de Saint-Ange, se define como un « animal anfibio », es decir, un cuerpo pansexual que « todo lo amo, todo me divierte, quiero unir todos los géneros<sup>31</sup>». Frente al encorsetamiento de conductas sexuales que propone la erótica tradicional, el libertinismo de costumbres dinamita la existencia de una gramática originaria de los discursos sexuales, permitiendo que proliferen las prácticas y los deseos sin contención alguna que hubiese de derivarse de una supuesta legitimidad natural. Con ello, Madame de Saint-Ange dinamita la propia noción de identidad sexual, generando una suerte de gramática mestiza en la que la ejemplaridad casuística y pragmática de los idiomas homosexual, heterosexual, bisexual queda erosionada y obsoleta. Madame de Saint-Ange había tratado inútilmente de reconducir su deseo a la legibilidad del lesbianismo, restringiéndose « a las mujeres », creyendo que así « me volvería sabia », pero « cuando más tengo que ser razonable, más se inflama y se vuelve libertina mi maldita cabeza<sup>32</sup> ». En segundo lugar, Eugénie va adquiriendo un aprendizaje gramatical progresivo en su carrera hacia el libertinaje; es decir, va incorporando nuevos discursos eróticos en su tránsito hacia la emancipación sexual desde su incursión en escena en el segundo diálogo.

En primer lugar, la alumna recibe una instrucción memorística clásica y es alfabetizada en la semántica corporal del erotismo. Le es facilitado un vocabulario anatómico, con la intención de que aprenda a identificar los espacios somáticos en los que reside el placer: ha de ser capaz de representar o cartografiar el cuerpo, de generar un mapa a partir del cual poder *flânear* por los callejones del deseo. Se trata, sin embargo, de una propuesta más pornográfica y metonímica que

---

<sup>30</sup>GAYLE RUBIN, «Reflexionando sobre el sexo...», *op. cit.*, p. 15.

<sup>31</sup>Marqués de Sade, *La filosofía...*, *op. cit.*, p. 19.

<sup>32</sup>*Ibid.*, p. 19.

propriadamente erótica: la sexualidad sadeana compone cuerpos más que relata experiencias. Sade propone una ingeniería de la voluptuosidad que articula piezas somáticas (penes, bocas, nalgas...) hasta constituir una maquinaria en que diversos cuerpos constituyen un engranaje sexual perfecto, dando la impresión de que existe un acoplamiento impecable entre sustancias; un *tetris* erótico que no deja ningún lugar al vacío— un sinsentido, tal y como se produce en la física cartesiana de la materia—. Sade construye un racionalismo sexual basado en recombinaciones físico-matemáticas en que el placer reside no en un modo de ejercer la sexualidad, sino en la facticidad de la composición de cuerpos y en el estímulo mecánico de determinados fragmentos corporales. La sexualidad sadeana llega a parecer el resultado de un cuaderno de cuentas: una técnica de engranajes cuya perfecta ejecución conduce al orgasmo.

EUGÉNIE – Ah, por lo menos nada es tan delicioso, lo siento... Estoy fuera de mí... ya no sé lo que digo ni lo que hago... ¡Qué ebriedad se apodera de mis sentidos!<sup>33</sup>

Esta conjunción entre teoría y práctica, entre una gramática y una pragmática sexuales no es baladí. Sade identifica el nombre y geografía del orgasmo, pero también trata de hacerlo acontecer a la experiencia: Eugénie no sólo ha de saber qué significa el paroxismo, sino que también ha de vivenciarlo. Con ello, Sade trata de salvar un problema epistemológico clásico: la escisión entre el saber teórico (θεωρία), « meramente contemplativo », y el « saber práctico, encaminado a la acción ». Este segundo, a su vez, contemplaba dos posibilidades de determinación: « los saberes encadenados a la producción y la técnica » (ποίησις) y los « saberes encaminados a regular la conducta individual y social a través del conocimiento político-moral » (πρωξίς)<sup>34</sup>. En el intelectualismo moral socrático sólo cabe el ejercicio del mal por ignorancia: quien desconoce el bien, pecará por error. No hay, por tanto, criminales sino solo analfabetos en la concepción socrática del mundo. Asimismo, Sócrates tomaba como modelo de conocimiento la *ποίησις*: el arquitecto no sólo sabe hacer casas, sino que sabe qué casas funcionarán mejor y qué es exactamente un hogar. Sade es un deudor espurio del planteamiento socrático, aunando los tres tipos de saberes en el proyecto pedagógico de Eugénie: el conocimiento técnico del cuerpo (la adquisición de una gramática y pragmática sexuales) conlleva un

---

<sup>33</sup>*Ibid.*, p. 33.

<sup>34</sup>GIOVANNI REALE / DARÍO ANTISERI, «La sofística», en *Historia del pensamiento filosófico y científico 1. Antigüedad y Edad Media*, Barcelona, Herder, 2017, pp. 84-85.

conocimiento moral y político (materialismo y ateísmo como bases del republicanismo sadeano) y también el saber teórico o contemplación (la experiencia del orgasmo).

## 5. Conclusiones

¿Puede considerarse, en definitiva, emancipador el libertinismo de costumbres del Marqués de Sade? Diversas autoras feministas se han enfrentado a esta pregunta y han considerado que la libido sadeana queda lejos de poder constituir un horizonte redentor. Dworkin ha considerado que la sexualidad del varón en Sade, más que tratarse de un arte erótico, es una propuesta violenta *per se*, basada en una suerte de reafirmación del poder natural masculino (*malepower*) sobre el que se asienta el patriarcado<sup>35</sup>. Esta actitud dominante hacia el ejercicio sexual, en el que el hombre es el amo mientras que la mujer es la sumisa, habría constituido, como señala Angela Carter<sup>36</sup>, uno de los pilares de la estética misógina propia de la pornografía *mainstream* y de nuestra actual « sadosociedad<sup>37</sup> », en la cual todas las relaciones serían entendidas de manera inevitablemente jerárquica, no pudiendo existir una relación de reconocimiento sin que existiese necesariamente una relación de poder y dominación. A estos argumentos, Butler, desarrollando un argumento de Beauvoir, añade que la propuesta sadeana es ilegítima por vertebrarse sobre una columna irremediabilmente ideológica: Sade construye un proyecto ético-político universal basándose en unas inclinaciones sexuales privativas, tratando de construir una hegemonía sexual a través de la peculiaridad de su propio gusto<sup>38</sup>.

Sin pretender obviar el carácter teratológico del proyecto sadeano, puede también observarse en su obra la admirable estrategia de escapismo estético de un ser humano que sobrellevó veintisiete años de encierro en diferentes cárceles e instituciones mentales de Francia. Circunstancia vital en demasía aterradora que, a mi juicio, le otorga plena libertad de cátedra a Donatien Alphonse François de Sade, un simple hombre que estando cautivo, sin embargo, fue capaz de ejercer

---

<sup>35</sup> ANDREA DWORKIN, *Pornography: Men Possessing Women*, New York, Penguin, 1978.

<sup>36</sup> ANGELA CARTER, *The Sadeian Woman: And the Ideology of Pornography*, Nueva York, Penguin, 2001.

<sup>37</sup> SHEILA JEFFREYS, *La herejía lesbiana. Una perspectiva feminista de la revolución sexual lesbiana*, Madrid, Cátedra, 1996.

<sup>38</sup> SIMONE DE BEAUVOIR, *¿Hay que quemar a Sade?*, *op. cit.*, p. 28; JUDITH BUTLER, «Beauvoir on Sade: making sexuality into an ethic», en Claudia Card (ed.), *The Cambridge Companion to Simone de Beauvoir*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 168-188.

una libertad sin precedentes: la de atreverse a plasmar sobre un papel, sin censura interna alguna, su universo erótico. Cuando no hay posibilidad alguna de materializar la libertad, resistir es permitirse ejercer la libertad de escritura. Y, por ende, de pensamiento.

Desde una perspectiva emancipatoria, es claramente destacable su reescritura de la penetrabilidad del cuerpo como sujeto gozosamente receptivo y no ya como objeto pasivo, llevando al absurdo las categorías acerca de la identidad sexual. Sade dio rienda suelta a una imaginación sexual no sólo prolífica, soberana, desacomplejada y también, inevitablemente, cruel y excesiva; sino que, además, ésta ha sido arquetipo de un racionalismo *queer* del que hoy en día beben múltiples corrientes que tratan de reescribir la « heteronormatividad<sup>39</sup> ». Este ejercicio de racionalismo perverso polimórfico fue capaz de superar la diferencia sexual a través del ejercicio libertino, alumbrando todo tipo de prácticas sexuales disidentes y creativas que exceden el sentido meramente reproductivo de la sexualidad<sup>40</sup>.

No obstante, esta reivindicación de la penetrabilidad absoluta de los cuerpos con indiferencia de su sexo se postuló en Sade desde un perjuicio radical: el, por Beauvoir así denominado, « solipsismo afectivo radical<sup>41</sup> ». En la orgía sadeana los sujetos están absolutamente expuestos, abiertos, obscenos y, sin embargo, resultan infranqueables, opacos en la medida que hay una penetrabilidad de la materia pero un muro insoslayable hacia la espiritualidad o conciencia del otro. Existe, pues, una insoportable paradoja en la obra de Sade. La misma que se produce en la pornografía. Dolmancé fuerza, penetra, liba, soba, subyuga al otro y, no obstante, vive al mismo tiempo radicalmente separado del otro: Dolmancé tiene una herida narcisista de manual psicoanalítico, « una predilección tan [es decir, demasiado] apasionada por sí mismo<sup>42</sup> ». No hay reconocimiento en la sexualidad sadeana: a través de la plenitud combinatoria de la orgía, Sade sólo busca disponer a los otros en tanto que objetos desposeídos de subjetividad que reflejan el poder del amo, capaz de imaginar y crear todos los mundos posibles. La orgía sadeana se limita a refrendar la potestad del amo, quien, si bien estando plenamente abierto, penetrable, expuesto, permanece, sin embargo, siempre gélido en el plano emocional, totalmente desvinculado del sumiso, radicalmente escindido del otro.

Es de esta ilusión de soberanía de la que Sade, también él, tiene sed. «

---

<sup>39</sup>MICHAEL WARNER, «Introduction: Fear of a QueerPlanet», *Social Text*, n° 29 (1991), pp. 3-17.

<sup>40</sup>WILLIAM EDMISTON, *Sade: queer theorist*, Oxford, SVEC, 2013.

<sup>41</sup>SIMONE DE BEAUVOIR, *¿Hay que quemar a Sade?*, *op. cit.*, p. 50.

<sup>42</sup>*Ibid.*, p. 45.

¿Qué se desea cuando gozamos? Que todo lo que nos rodea se ocupe sólo de nosotros, que no piense más que en nosotros, no cuide más que de nosotros [...] en absoluto es hombre quien no quiera ser déspota cuando f... » La embriaguez de la tiranía conduce inmediatamente a la crueldad, pues el libertino, maltratando al objeto que le sirve, « comprueba todos los encantos de los que disfruta un individuo vigoroso al hacer uso de sus fuerzas; domina, es tirano<sup>43</sup> ».

La erótica contemporánea BDSM ha criticado fuertemente esta distancia emocional propia del amo sadeano, la cual se encuentra peligrosamente cercana a la psicopatía. La sexualidad sadeana está basada en el concepto de « poder sobre el otro<sup>44</sup> », instancia performativa en que el poder es un juego de suma cero y el amo se hace fuerte a costa de despojar de poder al esclavo, confundiendo un *submissive space* con la humillación real. Por el contrario, la retórica contemporánea BDSM se sostiene sobre el concepto *win-win* de « poder con el otro<sup>45</sup> » que se genera en los compromisos contractuales sadomasoquistas en que ambos firmantes adquieren poder en la situación desde sus respectivas posiciones dominante o receptiva. Por un lado, la persona receptiva, más que pasiva, « colabora en el diseño de la sesión, participa activamente para dar pistas al dominante de cómo ha de transcurrir la jornada, pues el verdadero juego es el intercambio honesto<sup>46</sup> ». Por otro lado, el « amo platónico », frente al despotismo y castración emocionales del sádico sadeano, trabaja en la dirección de una ética sexual impecable, ya que domina su ego. No es narcisista, quiere que el sumiso goce y se transporte a un estado liminal de vigilia sexual; « sabe salir del papel dominante y adoptar otros roles en la vida cotidiana y sexual », « es capaz de recibir *feedback* del sumiso », « se preocupa por cómo te sientes<sup>47</sup> ». En este sentido, el « buen amo » sádico, tal y como es comprendido en el BDSM contemporáneo frente a la retórica del Marqués de Sade, de ninguna manera va a mitigar su rabia de la vida cotidiana o a descargar su impotencia social sobre el esclavo. Como inteligentemente enuncian Easton y Hardy, « eso se hace con un terapeuta y no en una sesión de sexo<sup>48</sup> ». En la cultura contemporánea BDSM, frente al modelo sadeano, no se trataría entonces tanto de obtener placer en la propia sumisión, disciplina, autoridad o castigo, que también, sino de erotizar en sí mismas las

---

<sup>43</sup>*Ibid.*, p. 33.

<sup>44</sup>DOSSIE EASTON / JANET W. HARDY, *The New Bottoming*, California, Greenery Press, 2001, p. 72.

<sup>45</sup>*Ibid.*, p. 73

<sup>46</sup>*Ibid.*, p. 73.

<sup>47</sup>*Ibid.*, p. 73

<sup>48</sup>*Ibid.*, p. 73.

relaciones de poder hasta convertirlas en un estimulante juego, perverso pero bienintencionado, en el que tanto amo como esclavo son cómplices de una gramática y un *safe space* generados en común y dispuesto a la experimentación libre por medio de la calidez, el cuidado, la intimidad, la complicidad, la confidencialidad y el respeto mutuos.

La diferencia radical entre el eros sádico primigenio y el eros sádico feminista-*queer* contemporáneo reside, pues, no en la apertura imaginativa de prácticas legítimas, sino en su ética sexual. Sade acaba por crear un código de conducta sexual que, si bien despenaliza la multiplicidad del deseo y prácticas posibles, acaba por resultar tiránico. Por un lado, el « solipsismo radical afectivo » acaba por convertir la sexualidad sadeana es una suerte de consumo de experiencias en que el reconocimiento de la alteridad nunca tiene lugar: el otro, a pesar de quedar plenamente expuesto, siempre permanece a un nivel objetual, nunca es reconocido. Por otro lado, Sade deja marchitar la emancipación al priorizar el ejercicio de determinadas prácticas sobre el modo de ejercerlas: la sodomía no es en sí liberadora, de la misma manera que el matrimonio heterosexual tampoco ha de serlo necesariamente, perspectiva que ha sido insistentemente reiterada por Gayle Rubin.

Exceptuando el rechazo y repulsa morales, y no sólo legales, hacia ciertas prácticas abominables de la obra sadeana como el incesto, la violación o la pederastia, el análisis del multiversosexual sadeano nos muestra que no hay prácticas sexuales legítimas o ilegítimas, redentoras o represivas, sino modos legítimos o ilegítimos, liberadores o despóticos, de ejercer, gozar y compartir la sexualidad. Las prácticas en sí no son correctas o incorrectas, emancipadoras o represivas. Es el modo y términos en que se llevan a cabo aquello que habría de otorgarles su legitimidad, su permisividad o su prohibición. La inmersión en el arriesgado deseo sadeano nos sirve, pues, de trabajo de campo iniciático para pergeñar y subsanar una erótica que, ahora sí, sea capaz de aunar extremos de la voluptuosidad tan aparentemente distantes como la fiereza y el tacto a través de una nueva ética en el tocador. *Try, try, try, just a little bit harder.*

Victoria Mateos De Manuel  
(Universidad Complutense De Madrid)